

los de Leon, como con el frio traen reconcentrado al calor, de ordinario enferman de estílicos; ya, en fin, me puse mi manto, que era largo y me cubria todos mis ribetes y cortapisas, y puesta así, que el diablo no me conociera, me tapé como condesa viuda, y despues de dada una vuelta á la ermita para deslumbrar la vieja, me senté á la puerta de la iglesia como pobre envergonzante; puse sobre mis rodillas un pañuelo blanco para que los que me hubiesen de tirar limosnas diesen en el blanco y para señuelo de que pedía, y no para los mártires; y como la gente de la romería viese á la puerta de la iglesia, cosa allí pocas veces usada, una mujer de buen talle, compadecíanse de mí, y decían: ¡Ah triste de tí, que te hace la pobreza ser niña grande, echada en la arca de la misericordia! Mucha fué la limosna; sin duda creo quedaron todos descuartizados, segun los cuartos muchos que me echaron sobre mis rodillas; caían de recio, y pensé que por pocas me las quebraran; pero golpe de cobre nunca mató á hombre. En resolucion, dentro del término perentorio que pedí á la moza corredora y á la vieja corrida, saqué mas de diez y seis reales en moneda de vellon, sin un patácon de á ocho que me metió en las manos un canónigo que debia de ser un santo; á lo menos si tenia tanta mano para con Dios como para conmigo, él pudo medir el camino del cielo á palmas. Yo de cuando en cuando, en achaque de componer el pañuelo, sacaba mi mano nada negra, y no poco larga, con la cual pareciendo moza de respeto, provocaba á lástima á los que veían que una tan buena moza la obligaba su pobreza á tales extremos, y su castidad á tales trazas. Algunos galanes me echaban alguna limosna por los oídos, ó por mejor decir, me la peñan; mas yo cabeceaba como rocin enfrenado que siente mosca y la espanta á cabezadas, y dílas tan buenas, que aunque dí algunos cinco de calle, una vez encontré el hachon, y llevé de camino una nariz jerusalena, que parecia cuatro de bolos, y como es uso y costumbre, me descarté diciendo: Perdona, que topé. Estaba junto á mí cierto niño diez y ocheno, de los que crió la Rollona á castañas y pan de boda, el cual, viendo mi resolucion, dijo: Ox, cómo se espolvorea la envergonzanta; tambien á ratos descubria un si es no es de mejilla, en buena coyuntura y sazón; y vi palpablemente la eficacia de esta accion, pues hubo mozo que entró y salió seis veces en la iglesia con su antepe solo por dar limosna á la envergonzanta; ya que tuve hecha mi mochilla, me levanté del ponadero.

Y no fice poco acabar de levantar de eras, porque cada cuarto que me echaban era aceite en el fuego de mi codicia y clavo que me cosia de nuevo con el asiento donde estaba; es verdad cierto que probé á levantarme mas de cinco veces, y que con decir: Tras de este cuarto voy, ya va, ahora, luego; mas luego me detuve un juicio: válgate el diablo la codicia, cuál eres; ahora digo que no me espanto de los escribanos ni de otra gente de á dinero fresco por barba, aunque estén amancebados á pan y cochino con la codicia; y que abrazados con ella se dejen caer en el infierno, porque es liga que

cose, red que caza, sirena que engaña, Circe que transforma; es, en fin, un embeleco vivo para cuerpo y alma; yo pienso que si no fuera el temor de que mi manto se perdiera y de que mi burra la hallara otro dueño aparecido, ahora no me hubiera apartado del ponadero. Bien dice el pícaro mi señor, que nadie cree cuán sabrosa es la vida del pícaro pobre si una vez le paladean con ochavo tras ochavo. Levantéme de mi folga, amortajé en mi pañuelo los cuartos advenedizos, llevélos tan atados en él cuan cosidos en mí mil ojos de pisaverdes. Tomé la derrota hácia unas peñas que están allí cerca de la ermita, camino de Astorga y Paramo. Allí me tras-puse y detuve un rato, el que bastó para que los galanes perdiesen la esperanza de verme y el hipo de buscarme; sentéme, conté mi hacienda, y puse aparte el dinero que me restaba de la paga del joyel. Quitéme el manto, y para deslumbrar la gente, me puse un galan-rebocino ó mantellina que yo llevaba en mi manga, en la cual metí mi manto viejo, que no fué poco caber, segun tenia el bolumbo. Ya no me olia tan mal el manto, parte por el bien que me hizo, parte porque la costumbre se vuelve en naturaleza, y el haber cursado el olor hacia no extrañarme tanto. Tornéme hácia la ermita con mucho desenfado, como si viniera de suplir algunas necesidades de las que no pueden tener sustituto ni coadjutor. Metíme entre la gente. Aquí se acabó el ser envergonzanta, y comencé el tornar á andar con mi cara descubierta y tan sin vergüenza como antes. ¿Qué te parece de la invencion? Dirás que bien. Pues á mí mejor. Dirás quizá que aunque fué la traza aprovechada, pero no honrosa. ¡Ay, hermanito, cuántos hidalgos honrados hay que en achaque que piden para pobres envergonzantes, piden sin vergüenza para sí! Pues ¿qué mucho que yo trocarse mi vergüenza en menudos, si tanto dicen que vale la vergüenza de una mujer? Yo, á la verdad, no he tenido aquella por limosna, sino por justo estipendio de mi trabajo. ¿Parécete, hermano, que fué poco estar una moza de buen gesto y mejor pico mas de hora y media con funda en el rostro y lengua, en tiempo que andaban de sobra veedores y conceptistas? Pues si esta paciencia es tan difícil, no te lo sea el entender que merecí lo que se me dió con mucha honra mia.

Ya te estará silbando la lengua, como á rezadora escrupulosa, porque te diga cómo me hube y cómo despache la vieja que me dió el manto, con que mi vergüenza se desvergonzó á ser envergonzante de asiento. Jesus, ¿quién tal pregunta? Reniego de fautores de viejas; dejémosla, que otros mejores chistes te dirá; mas pues porfias con la tática, habréte de despeñar, contándote lo que á la vieja le acaeció con la burra, con el mochillero y con mi manto y sin el suyo, vaya de cuento melecinerero. Mientras yo andaba en estas estaciones, la vieja melecinerera, cubierta con mi manto de soplillo y abalorio, se dió al diablo tantas veces, que si no la llevó fué porque le pareció que ni era de provecho para sí ni para ningun enemigo del alma: tales son las viejas. A la verdad, su queja era no muy mal fundada; lo uno, porque yo la tuve cosida á la burra largas dos horas,

que no tuvo ánimo la triste vieja para levantarse de encima de un canto pelado mas que su calva, porque no dijese yo que huía con mi prenda; lo otro, porque por causa del manto mio que se cubrió, la hicieron tantos sinsabores, que fuera el menos mal el mantenerla como á perro. Fué el caso que como los pisaverdes husmeadorcillos de ojeo que por allí andaban vian una mujer sola con buen manto de soplillo y abalorio, no mirando que debajo de buena capa hay mal bebedor, pensaban que habia caza. Hacíanla de señas, mas ella no entendia el reclamo; llegábasele, hacían cabriolas como perros coliholgados; mas la triste de corrida y confusa se cubria el manto y trascubria de sudor; ellos pensaban que era doncellita de á quince, vergonzosita y moderna, y que por el tanto no tenia muestra. Con esto de cubrirse echaba agua al fuego, y gana á quien no habia menester apetito. Juntábasele mas, y porfiaban á que se les descubriese, alegando mil razones, afinadas al uso, mas no á propósito. Ya vió la vieja que le era mejor partido el descubrirse. Desmantóse de súbito, y medio delectando, por falta de dientes, dijo: ¿Qué me queréis, malogrados? Dejadme en paz. Los mozalbetes, viendo su gesto y habla, huyeron de ella como si fuera fantasma. Estas y otras rociadas de pesadumbres causaron muchas á la triste vieja, no acostumbrada á tanto trabajo; esta era su queja.

Y para decir la verdad, mayor la podian tener de mí aquellos galanes, pues por una parte les chupé la moneda, ó por mejor decir, la troqué á vergüenza, y por otra les puse ojos de médico con una tan mala vision, forrada en soplillo y abalorio. Hasta la burra estaba de mí tan quejosa, que por pocas se arrepintiera de ser mia, y si no la detiene, se acoge por piés. Miren cuál estaria el ánima de mi vieja, mientras yo estaba echando el altabaque. Estando pues ya su paciencia para escurrirse, me fui acercando á ella. Compré de camino tres meloncitos por medio real; con los dos le pagué el alquiler del manto, con que le dí tapaboca de melon para no quejarse ni de mi venida ni de su estancia. Era una cuitada la triste melecinerera; quizá se contentó porque de melon á melecina va muy poco. Con el otro contenté al mochillero, que estaba tan descontento, que en venganza habia hablado á la vieja lo del aplicamiento de la burra y gran parte de mi vida y milagros; y así la buena vieja, que debia de ser escrupulosa, como lo suelen ser muchas, me dijo: Señora, yo la perdono lo que me ha hecho esperar, porque Dios nos espere á todos; mas mire, hija, que torne la burra á su dueño, porque con lo ajeno nunca Dios hizo bien á nadie. Yo quísele decir por gracia: Madre vieja, eso no es así, que si Dios no hiciera bien á nadie con lo ajeno, no me hubiera ido á mí tan bien con vuestro manto; mas porque no hay gracias con viejas, á quien en un mismo tiempo se les seca la madre y el gusto, quíselo llevar por otro rumbo; derribé mi cabeza á lo santucho para darle á entender que todas éramos escrupulosas, aunque no melecineras. Pues así en figura, abemolé mi voz, clavé mis ojos en el suelo, y muy aserenada me volví al mo-

chillero, y dije: Sea por amor de Dios, niño, pues de una gracia que te dije á tí, has sacado una infancia para mí; mas padeció Cristo por viejos y por mozos y por niños, aunque no por bestias. Señora, con su licencia me quiero enojar: hídputa bobo, ¿y tan presto creíste lo que te dije por burla, que esta burra no era la nuestra? Anda, bobo, que lo hice por probar tu memoria de gallo. ¿No ves, necio, que mientras fuiste al pozo y te tardaste, siempre yo tuve cuenta con la burra y vi adónde fué y con quién se juntó, y por eso estuvo ella queda cuando la echamos el albardoncillo, que á no ser la nuestra huyera como un pecado? Volvíme á la vieja, y dijele: Ah, señora, si esta burra fuera hurtada, no la habia yo de dejar aquí públicamente á que la conocieran y vieran el hurto. Con esto embazó la vieja y me creyó á macha martino. El muchacho, como si despertara de un sueño, levantando las manos, dió una palmadica sorda, diciendo: ¡Ay, Dios es mi padre, que dice verdad mi señora! Sabe Dios que temí no hablara la burra como la de Balaan y descubriera mi enredo; mas consoléme con que si la burra hablara, enfrenada así como estaba, no se le entendiera palabra. Entonces, viendo la buena vieja mi notoria inocencia y un falso testimonio tan convencido y patente, contrita de haber sospechado lo que sospechó de una tan honrada moza, se hincó de rodillas, y con las manos puestas, me dijo: ¡Ay, señora! perdóneme su merced, que bien habia yo de echar de ver que no tenia ella cara de andar en tales tratos, sino que este mal muchacho, de enojo que tuvo por ver que tardaba tanto, lo dijo; yo no se lo decia por mal á su merced, sino que este muchacho, malogrado él se vea, debe de ser algun pecador; perdóneme, señora. Sonreíme de haber de perdonar á una inocente, y con un ademán de paciente la abraé, y si no concluyo presto y me aparto, ella me echa una espadañada de lágrimas, con que un molino pudiera moler pan de dolor; yo la perdoné la injuria porque Dios me deparase otra perdonadora tan buena y tan creadora. El muchacho tambien medio llorando, medio riendo, me pidió perdon y besó la cinta, y púsola en la cabeza como mona, que no sabia hacer cosa sin sal. Hermano lector, ruégote que si no te duele la muela del seso, escuches un poco de sermón cananeo. ¿No echas de ver cuánto puede la virtud? Cree que es omnipotente, á manera de decir. Dime, si solo el parecer virtuosa una ladrona como yo hizo semejante efecto en un corazón humano, ¿qué será el serlo? Mucho puede contra el calor la sombra de un frondoso, copado y fresco limon, naranjo, plátano ó laurel; pero mas puede la sombra de la virtud, pues sola ella vence enojos, allana cóleras y ataja pesadumbres. Muchos grandes filósofos de los antiguos dicen que el divino Platon nació de una sombra, y quisieron decir que la sombra de la virtud hace hombres divinos y efectos soberanos; no predico, ni tal uso, como sabes; solo repaso mi vida, y digo que tengo esperanza de ser buena algun dia y aun alguna noche; ca pues me acerco á la sombra del árbol de la virtud, algun dia comeré fruta, y si Dios me da salud, verás lo

que pasa en el último tomo, en que diré mi conversión; basta de seso, pues quédese aquí. Voy á mi cuento.

La vieja se partió, y no con poca prisa, á desayunarse con el melon que la di y un poco de pan que ella traía, mas duro que ánima de rico avariento, que habia sacado de mohatra de poder de mi mochillero, y á fe que le escalfé el valor del pan cuando hice con él las primeras cuentas; ca con mozos de servicio todo se ha de llevar por punto crudo, pues ellos no perdonan una jota. Aquí acaba la historia de la vieja; ruégote, lector de mis ojos, que esta vez y no mas me hagas escurrir cuentos de vieja. Hecha esta diligencia, fui al mercero, pagué el joyel á la vendedora, dando todo el menudo y moneda de vellon que saqué en el ponadero; púseme la pieza al cuello, y díjela si bien me acuerdo: Ah, pieza rica, cara me habeis costado, mas yo fio que me lo pagaréis; honrad mi cuello y mirad que me lo debeis, que pues me habeis hecho ser pobre envergonzante, podré decir con mas propiedad que nadie que me habeis costado mi vergüenza.

APROVECHAMIENTO.

Algunas mujeres se enriquecen á título de pobres envergonzantes; mas no por eso los siervos de Dios han de olvidar de dar la limosna, que dan por solo amor de su buen Dios y Señor.

4.—DEL PLEITO DE LA ROMERA CON JUSTINA.

Media rima.

Dijo á Justina un galan:
Vamos al Humilladero,
Do aquestas romeras van.
Ella dijo: Majadero,
Vaya él, que yo no quiero
Ir do bordionas están.
Ir virgen con hombre á humilladero,
Es irse tras el manso al matadero.
Las romeras que esto oyeron,
De tal suerte se enojaron,
Que sus bordones alzaron,
Y por pocas no la hirieron;
Mas de palabra chocaron,
Aunque al cabo amigas fueron.
Que la guerra y la paz de las mujeres
Anda presa con puntas de alfileres.

En la romería de quien voy contando de la ermita de nuestra Señora del Camino hay uso que todos los que allá van vayan juntamente á otra, que llaman el Humilladero. Andándome entreteniendo, llegaron unos galanes, que me dijeron: Señora Justina, véngase con nosotros; llevarla hemos al Humilladero, que tambien van allá estas damas. Yo, como no sabia el uso de la tierra y oí que me querian llevar al humilladero, pensé que era pulla, y respondíles con extremada cólera, ca la de las mujeres es siempre de Extremadura: jamás nuestro enojo es niño, siempre nace vestido y calzado, ca por eso y por decir que nuestros enojos nacen siempre de ocasiones ligeras, pintó el otro nuestra cólera dibujando una fuerte amazona que nacia de un colchon de lana; y otro lo volvió al revés, y pintó un hombre de borra, nacido de una mujer enojada, dando á enten-

der que nuestro enojo nace de pelos, y para en borra; en fin, yo me enojé hasta tentejuela, y en un tono irregular le respondí: No soy yo de las que ellos ni otros como ellos han de llevar al humilladero; allá á otras bordionas de su marca podrán ellos humillar y llevar al matadero ó humilladero, que yo soy muy soberbia para semejantes humildades. Por pocas se alborotara el bodegon; porque como dije de bordionas, y estaban allí tres romeras de no mal fregado con sus bordoncillos en las manos, á las cuales escudereaban los galanes que he dicho, sobre que menté bordionas, por poco me bordonearan los hocicos con sus bordoncicos, y por pocas me humillaran por lo que les dije del humilladero. De las palabras que me dijeron no hago caso, porque entre mujeres esto de palabras, por donde se van, se vienen. Los hombres, como son sólidos y macizos, en echando una palabra de la boca de uno á otro, se les torna á ella la injuria, que como encuentra en duro, torna de rebote; mas las mujeres diz que andamos muy barrenadas, y así las palabras que nos decimos no han llegado de una para otra cuando colan tierra; y aun dicen que, conforme al libro del duelo del género femenino, palabras de mujer á mujer no cargan, debe de ser que pesan menos, y son hechas de aire colado; y aun dicen que dichos de mujer á hombres se desquitan con dar una carrera por su calle ó darlas paz de Francia; lo que yo sé de uso es que entre nosotras aquella queda cargada á quien le quedare, ó por corta ó mal echada. En este sentido yo quedé cargada, porque como vi que eran tres á una, siempre que les decia injurias era con veinte con quies y cincuenta peros. Duró buen espacio la rociada de palabras, sin reconocerse victoria de una ni otra parte, y en el interin los mancebilletes, considerando que todo aquel ruido habia nacido de mi inocencia, y de la falta de haber cursado vocabularios de romería, no cesarian de reir al ver que tenia yo por pulla el decir que me querian llevar al Humilladero; mas de mi inocencia no hay mucho que espantar, porque yo habia oido decir á buenos predicadores de mi pueblo que cuando se cuenta á lo divino algun mal recaudo de alguna virgen loca, se significa diciendo que la humillaron; lo cual se funda en que no hay cosa que mas entone á una mujer que el tener su caudal entero, ni que mas la humille que lo otro, digo si se sabe, que si es oculto, siguen su trote; en fin, yo me tripulé en el nombre de humilladero, y fué la causa del tripularme y del engaño esta negra habla española, que despues que hay sermones impresos en romance, da de sí mas que unto de anguila; declaróme la timulgia del nombre, ó como se llama, y tan amigos como antes. Ya que se apaciguó el pleito y se fué el diablo para ruin y nos concertamos como buenas cristianas, fuímonos de camaradas todas con tanta hermandad, como si todas cuatro fuéramos mellicas. Este sí que es uso, y no el de los hombres que por dos palabras que se digan cara á cara, se descaran, para no verse la cara uno á otro en mil años. Por gran loco fué tenido el que dijo que queria hacer un soterrano en que guardar el aire del invierno

para el verano, como la nieve; pero por mas locos tengo á los hombres, que guardan las palabras de diez en diez años, que pues las palabras son aire, quien las guarla guarda aire; por cierto que es impertinencia. De miel á hiel solo va de diferencia una letra; de jo á yo ninguna, solo ser letra de griegos ó nuestra. Lindo caso, que por echar una i por otra, cata el pleito en casa. Igual lo paramos las mujeres, las cuales somos como arcos de cubas, que cuanto mas rechina es señal que están mas cerca de juntarse los extremos del aire; y así, mientras mas rechinamos riñendo, mas amistad nos hacemos, y aunque mas nos carguen de injurias, no por eso hacemos mas ruido; antes somos como carretas, que mientras mas las cargan, menos ruido hacen. Las riñas de las mujeres son sobre si dijiste cipe ó zape, y sobre si parece bien el hurrao, ó sobre si arrastra la falda. Nunca reparamos en cosa sustancial; nunca reñimos injurias graves, que esas antes sirven de hacernos callar; pardiez, mientras me dijeron de floreo, bravamente les revidé; mas en diciéndome dos ó tres verdades, que contenian la casa y nombres pascuales, callé como en misa. No nacieron las injurias graves sino para capitanazos; yo, en fin, vine á buenas, y ellas á rebuenas, y de mancomun me llevaron en medio como armas de frontispicio engarzadas en sirenas.

E ya que me vieron de paz, me contaron ellos y ellas el fundamento de la devocion y denominacion del Humilladero, diciendo: Mire, señora Justina, lo que llamamos el Humilladero; es una ermita pequeña, en que la Virgen se apareció á un humilde pastor, y él humillado la adoró, y hizo humilde oracion, y por eso y por los que allí van y se humillan á la santa imágen se llama el Humilladero. A mí muy bien me pareció, y reconocí con humildad interior aquel santuario; pero soy tan poco humilde, que por excusar el yerro de mi enojo y la ignorancia del vocablo, di una gran risada, y para restañarla como sangre de vena rota, me di una gran palmada, y dije: Hablara yo para mañana. De manera que por allí se humillan las gentes y se llama Humilladero: yo digo que á esa cuenta se puede llamar volteadero, que yo he visto desde léjos que los que allí van dan mas vueltas á la ermita que reverencias á la imágen. Con estas y otras chanzonetas fuimos entreteniendo el tiempo para no sentir el calor, que nos hacia llevar humildes las cabezas como á ovejas en sesteadero. Ya que llegamos al Humilladero, hicimos nuestra oracion enana, como suele ser la oracion de los perdidos, y dimos nuestras vueltas al derredor como si fuera casa de San Anton; aunque de esto no hay de qué hacer escrúpulo, porque en aquella tierra hay tantos volteantes de obligacion, que para ellos cada dia es de San Anton para bien hacer y bien voltear. Ya no quedaba nada que hacer ni estacion por andar; solo me restaba oír misa; en esto fuí desgraciada, que no bastó mi descuido de acudir tarde, sino que cuando la quise oír, se me pusieron mil gentes delante que me estorbaron el oír misa; como supe, me encomendé á la santa Virgen, aunque si va á hablar de veras, fui tan sin acuerdo, que me

fui á mi casa sin verla; y para desquitar algo de mis descuidos, hice cien reverencias, treinta y dos á cada altar de los colaterales y treinta y seis al altar mayor. Mira mi muchachería, todo en loco; no faltó quien se rió de mí y me contó las veces, mas esto es lo de menos; ca si yo fuera quien debia, pudiéramo sufrir, pues de Ana y de otras santas mujeres se rieron de verlas devotas y alcanzaron lo que pedian; lo malo era que yo era tan bobilla, que si me preguntaran qué pedia á Dios con tantas reverencias, no supiera responder, porque todo aquello iba en loco; y el mayor cuidado que yo tenia en cuantas reverencias hacia era ver si salian buenas y conforme á un molde de reverencias que á mí me habia dado una dama mesonera, gran mujer de reverencias. Concluido mi centenario de reverencias, besé á la cruz de mi rosario, como es uso y costumbre, y tomé agua bendita, y hice como fiel cristiana, aunque en todo conozco mis faltas, si va á hablar de veras. El molino de mis tripas iba bastantemente picado, y como mis ocupaciones habian sido tantas que me estorbaron el prevenir comida, lo mas á propósito que se me ofreció fué ingerirme á buenas gentes y comer á bulto. Así lo hice; peguéme á ciertas camaradas de Mansilla, con quien comí de maquilas y no mal; supome ricamente, porque esto que se come de mogollon siempre sabe á pechuga. Despues que hice y rehice la chaza, despedime muy en breve para tornarme á Leon y ver curiosamente las cosas de ciudad, que fué el desinio que me sacó de Maasilla, y tornarme luego á mi pueblo. Despedime, pagando el escote con una reverencia de medio tornillo. Cierto figson, que á su parecer habia entablado conversacion conmigo para toda la tarde, como echó de ver la treta y reparó en que yo me habia hecho gorra y comido de mogollon, estándose escarbando los dientes con un palo de tornillo, me dijo muy á lo fanfarrico: Vaya con Dios la gorra, como si mas claramente dijera que me habia yo hecho gorra para comer, y que con brevedad levantaba de eras á tiempo de pagar el recibo. Yo que le lei el corazon, le respondí: Agradézcame, sor galan, que tan presto me he comedido á quitar la gorra de despedida, que suelo yo no alzar el cerco en tres dias cuando sitio un puesto.

Yo quisiera mucho tornarme sola á Leon, por poder contar á mi salvo el dinero que me habia quedado despues de tantas aventuras; pero no pude, que una mujer moza es como un fraile, que nunca le falta compañero. Pegóseme un bachillerejo, que de puro agudo era bobo, y un bobo, que de puro bobo era agudo. El bachillerejo no se fué alabando de la aventura del encuentro, de lo cual daré mas larga cuenta en el número siguiente. El bobo era un barbero de mi pueblo, tan discreto como oficial y tan bobo como tocho. De este no me pesó, lo uno porque hizo la barba á mi burra, socorriéndola con cebada, quitándola de su boca. Ellos se entendian, que era para en uno. La otra causa por que no me pesó del encuentro fué porque los bobos son de muchos provechos para un discreto. Un bobo picado y enojado sirve